

ENTIERRO 2007

Hoy es once de septiembre,
triste, flébil, noche aciaga;
para mí es noche de pompa,
de pompa y de circunstancia
ya que expiró Barrihuelo
cuando despuntaba el alba.
Presurosos acudimos
atendiendo a su llamada
Su Eminencia “Pepe el Guarni”,
y el servidor que ahora os habla.
Reinaba casi el silencio,
y digo casi reinaba
a no ser por los sonidos
de la estridente algazara
que en anárquico tropel
se entreoían de la plaza.
Trémulo y todo convulso
exclamó: “¡Que Dios me valga!”
y empezó su testimonio
con voz rota y desmayada.
“Aún guardo vivo el recuerdo
del día de mi llegada;
mi hatillo de caramelos,
mi blusa negra, el paraguas,
las abarcas, la txapela
y el pantalón de mil rayas.
Del fluir burbujeante
de las botellas el cava,
las volutas ondulantes
que de los puros emanan.
Una vez entre vosotros
es la fiesta quien me atrapa;
el popular pasacalles
siempre pasado por agua.

Evoco la procesión
de la Virgen de la Plaza,
de las danzas en su honor
a los sones de la gaita;
de una salve que embelesa,
del concierto de la banda,
de los niños los disfraces,
las orquestas, las txarangas,
de los fuegos de artificio,
los encierros de las vacas,
sabrosas degustaciones,
calientes chocolatadas,
rosquillas que Don Antonio
celosamente prepara.
Pero además de todo eso
hay algo más que me agrada:
el hablar con los amigos,
el contemplar vuestra caras
poniendo amorosamente
un beso en cada palabra.
Ahora respiro hondamente
y mil olores me asaltan;
aquí huele a pueblo afable
y huele a amigo del alma
y huele a esencia de uva
y a nobleza bien probada.
Aquí huele a hermosa gente,
aquí huele a gente sana,
aquí huele a vino excelso,
y a historia contemporánea.
Esas son las sensaciones,
esas sutiles fragancias
que ponen a hervir la sangre
y que avivan las nostalgias.

Y dicho esto, yo quisiera
amigos míos narraros,
algún que otro sucedido
que estos días me han pasado.
El domingo día ocho,
muy prontito, paseando
muy cerquita de Riscal,
final de la Calle el Barco,
la Eme Treinta, por más señas
que es como aquí la llamamos,
voy yo pensando en mis fiestas
y tranquilamente paso
entre un tío y una tía
cinco metros separados.
Ella permanece inmóvil
y el gachó la está enfocando
dispuesto a inmortalizarla
en un precioso retrato,
frente a la obra que Frank Gehry
nos dejó como legado.
-“¡Párese usted!” va y me dice
hablando en tono muy alto
el maromo de la cámara;
-“¡que me está invadiendo el campo!”
el campo al que se refiere
es el campo fotográfico.
No le hecho la menor cuenta
y muy serio sigo andando.
-“¿Qué hace usted?” pregunta el tío.
-“Pues ya lo ve, paseando”.
-“Le he dicho a usted que se pare”,
insiste terco el petardo
quien además de irascible
es borde y mal educado.
Entonces sí me detengo
y a su verita me planto.
-“Escuche usted ,yo le digo,
si quiere hacer un retrato,
una foto que decimos
los que por aquí moramos,
esté atento a las personas
que a su vera paseamos
y cuando no halla ninguna
que se interponga en su campo

aprieta usted el botoncito
y ya está hecho el retrato.
¡Pero no al contrario, coño!,
¡coño, pero no al contrario!
que usted no tiene derecho
a prohibirme a mí el paso.
Ni usted ni mil como usted
que van por ahí incordiando;
yo sí que tengo derecho
a pasear por mi barrio,
mío porque en él nació
hace ya unos cuantos años
y en el vivo y por sus calles
me gusta ir paseando
sin necesidad ninguna
de tener que ir sorteando
a quienes van por la vida
sin el mínimo recato
de enteradillos de cámara
que así es como yo les llamo.
Así que muy señor mío
deje de dar el coñazo
que yo sigo en línea recta
paseando muy despacio
y cuando quiero aligero
y cuando quiero me paro;
lo mismo que si usted quiere,
puesto que es su propietario,
meterse la camarita
por el mismísimo saco.
Y antes de irme un consejo:
suspenda usted su retrato
que con la cara que tiene
la tía que está posando,
no le merece la pena
gastar carrete, muchacho”.
El gachó se queda mudo,
yo vuelvo a coger el paso
y en las torres de la iglesia
se alborota el campanario,
y hay un repique de Gloria
que sin duda está anunciando
la procesión de la Virgen
a la que yo nunca falto.

De nuevo cambio la rima,
y aprovecho la ocasión
para comentar el caso
que aquí traigo a colación,
caso hilarante y verídico,
ventoso y conmovedor.
Es de todos ya sabido
que el día dos en cuestión,
aludo al dos de septiembre
permitan la aclaración,
un año más se versara
de las fiestas el pregón.
Una vez que el pregonero
culmina su intervención
y arranca muy merecida
del público una ovación,
se da paso al pisco-labis
y al ágape de rigor
con el cual el consistorio
agasaja al orador.
La comida viene luego
y es en esta tradición
la asistencia de jerarcas,
de barandas, con perdón,
el tal del Gobierno Vasco,
el cual de Diputación,
el de Juntas Generales
y algún que otro figurón
invitadas todas ellas
por esta corporación.
Pero este día el alcalde
tiene el vientre tontorrón
por mor de unos cuantos pinchos
que en el convite tomó
y sus tripas juguetonas
cantan do, re, mi, fa, sol.
Y en plenos aperitivos
de croqueta y de jamón
larga un soberano trueno,
aleve, ensordecedor.

Los demás se quedan mudos
mientras se expande el hedor.
Ha de ser Javier Entrena
muy contemporizador
quien sin pensarlo dos veces
se yergue de su sillón
y dice: “ A todos les pido
humildemente perdón,
del vergonzoso estropicio
yo he sido el único autor;
no he podido contenerme,
cosas de fuerza mayor”.
Y del rostro del alcalde
desaparece el rubor.
Llegado ya el primer plato
de delicias de salmón,
de nuevo y sin previo aviso
pega el segundo apretón
y del viento aquel estruendo
se escucha hasta en Fuenmayor.
Ahora es Rafita Larrea,
otro ilustre regidor,
quien súbito y decidido
se levanta en plan señor
y dice: “ Ilustres amigos,
esta vez he sido yo;
hay cosas inevitables
que no tienen solución
y esas cosas tristemente
siempre han sido como son.”
A nuestro alcalde de nuevo
se le pasa el sofocón;
todos los demás respiran
aunque persiste el olor.
Y en esto que se levanta
de pronto el cura mayor,
le viene un presentimiento
y dice alzando la voz:
“ Del próximo desahogo
que vendrá a continuación
del alcalde de este pueblo,
se hace cargo un servidor.”

Siguió un sepulcral silencio
a estas últimas palabras;
se apagaron ya los ecos
de los sonos de la gaita;
ya no se oía el runrún
de la estridente algazara.
Tan solo se presentía
la presencia de la Parca
que con aviesa intención
batía sus negras alas.
Entonces Don Rafa Uribe
acercóse hasta su cama
y viendo que carecía
de pulso, de aliento y alma,
como juez del municipio
de defunción firmó el acta.
Hoy es once de septiembre,
triste, flébil, noche aciaga;
comience a sonar la música
de pompa y de circunstancia.